

GÉNESIS A APOCALIPSIS

LECTURA VII — EVANGELIO DE JUAN

El evangelio de Juan tiene un lugar propio. Este permanece como un evangelio que es único en su carácter, en las narraciones que nos presenta, y, sobre todo, en el despliegue del carácter de Cristo, en una forma singularmente sorprendente y atractiva.

Hemos visto que los primeros tres evangelios están juntos como una división, y eso hace del evangelio de Juan una segunda división. Como una segunda, nos presenta al Hijo de Dios en todo Su maravilloso carácter; y cuando tenemos así presentado al Hijo de Dios, tenemos al Salvador. No necesito decir que éstas son las características del segundo lugar que este evangelio ocupa. Pero más que eso, el número también nos sugiere rechazo; porque dos es el número de rechazo por el hombre, de enemistad, y es en esto que se detiene a través de todo este evangelio. Es un extranjero con quien estamos tratando, cuando llegamos al evangelio de Juan, un Extranjero celestial; Uno que no tuvo lugar aquí. No necesito decir que no hubo lugar para Él en el mesón, ni sobre el trono de Herodes. ¡Ah! La presentación de Su carácter nos dice que no podía haber lugar para tal Persona sobre la tierra. Él es un Extranjero a través de todo, y en las simples palabras que tenemos al comienzo del evangelio tenemos la clave a toda esta posición. *“En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron”*.

El mundo no conoció a su Creador, cuando Él vino a éste. ¿Qué más solemne comentario podría haber del alejamiento del hombre y su ignorancia de Dios, —una obstinada ignorancia y alejamiento, —que el hecho que cuando su Creador vino aquí, ellos no le conocieron? Eso, como he dicho, nos presenta la clave a todo el evangelio de Juan. En Mateo, por ejemplo, lo tenemos a Él presentado como Rey al comienzo, y a través de todo ese evangelio podemos decir que Él mismo se está presentando al pueblo de este modo. Al final de éste lo encontramos expulsando a los comerciantes del templo, que en el evangelio de Juan tiene lugar al principio, como en la misma introducción. Él está afuera a través de todo este evangelio. La misma forma de expresión pareciera hablarnos de uno que está afuera, de un extranjero. El autor habla de la fiesta de los judíos como estando cerca; explica las costumbres de los judíos, — todas las cosas, de tal forma que pensamos en uno que está afuera de todo esto, y es extranjero a todo eso. Y mientras esto es muy propiamente referido como diciéndonos que Juan escribió mucho después de que nuestro Señor estuvo sobre la tierra, (muy

probablemente éste es uno de los últimos libros del canon del Nuevo Testamento) aun así esto está sólo sobre la superficie. La verdadera razón es, que tenemos presentado aquí al Extranjero celestial, desconocido a Su propio pueblo, fuera de toda la escena.

Tomando este evangelio podemos ver que está dividido en tres partes principales, sugiriéndonos esa plenitud divina que la misma Trinidad nos presenta. Allí está la plena manifestación del carácter divino del Hijo de Dios: la primera de estas divisiones, bruscamente hablando, serían los dos primeros capítulos, propiamente hasta el cap.2:22. Después la segunda, o principal división, desde el cap.3 hasta el cap.17. Esa no es la vida meramente exhibida como la tenemos en la primera sección, sino la vida comunicada a los hombres. Después desde el cap.18 hasta el final del libro, tenemos la vida fuera de la muerte en el poder de resurrección, que es significativa de esta tercera sección.

En esta primera división tenemos, ante todo, en los primeros ocho versos del capítulo uno, el testimonio de Dios en cuanto a Su Hijo. *“En el comienzo era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios”*. Este es Dios presentándonos Su propio testimonio en cuanto a Su propio Hijo. Después desde el v.19 al v.34, tenemos el testimonio del hombre, Juan el Bautista, en cuanto a quien es él. Es muy bello encontrar el testimonio divino y el carácter humano de Cristo, —ante todo, *“el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios”* hasta el v.40, *“y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”*.

Hay dos grandes hechos en cuanto a la persona de Cristo. Primero, Él es divino; segundo, es humano, verdaderamente ambas cosas, testimoniado absolutamente por Dios; y no podemos perder de vista ninguna de ellas. Esta bendita Persona a quien conocemos es *“Dios bendito, sobre todo, bendito para siempre”*. No podemos usar ningún lenguaje demasiado fuerte para expresar la dignidad divina del carácter del Hijo de Dios. Él es el Creador, el Todopoderoso, el Sustentador de todas las cosas. En Él estaba la vida, y la luz, y en Él mora toda la plenitud de la Deidad corporalmente. Ningún lenguaje es demasiado fuerte, digo, para mostrar el carácter divino de nuestro bendito Salvador. Quisiera detenerme en esto debido a los tiempos que estamos viviendo. Las personas están inclinadas a rebajar algo de esa divinidad, —absolutamente, una gloria no creada que hay en el Hijo de Dios. Retengámoslo firme. Que las personas llamen a esto como quieran, si ellos no le dan a Él Su lugar divino, ellos son blasfemadores contra Su santo Nombre; y cuando le damos Su verdadero lugar, cada cosa que pertenece a la divinidad va juntamente con esto.

Debemos estar seguros de eso; no hay tal cosa como un lugar inferior, subordinado, cuando venimos a hablar del carácter divino del Hijo de Dios. Cuando pienso de Él humillado allí en el pesebre, tomando ese lugar de humildad, velando Su maravillosa gloria, tomando el lugar de humillación en vista a que Él, como siervo de las necesidades del hombre, pudiese obrar la salvación, —cuando pienso en eso, y que los hombres a causa de Su humillación

se han atrevido a negar Su gloria divina, ¡oh! Siento ¡qué terrible doble deshonor es éste! Retengamos firme, seamos testigos de este gran hecho fundamental de todos, que el bendito Cristo de Dios es divino, y no otro que el Hijo del verdadero Dios; Dios, sobre todo, bendito para siempre. No necesito modificar eso una sola partícula. No tengo cuidado de usar un lenguaje teológicamente exacto, como dicen las personas, cuando vengo a hablar de Su bendita persona. No, el simple hijo de Dios que dice, «mi Jesús es Dios, es el Creador, el Sustentador de todas las cosas por la palabra de Su poder», —es lejos mejor escuchar esto que una atrevida sugestión que Él es algo menos que absolutamente divino.

Eso estando claro, el segundo hecho es que Él es humano, y cuando estamos claros de que es Dios, entonces debemos estar igualmente claros de que Él es perfecto hombre. No hay necesidad de temer decir que Su humanidad fue exactamente humanidad; ciertamente no humanidad caída, sino el perfecto Adán, el Señor del cielo; el Segundo hombre— el Hombre sin pecado, sin ninguna corrupción, sin ninguna debilidad que se conecte con el hombre como caído. Él fue aquí absolutamente Perfecto: “*el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos Su gloria, gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad*”; ese es el testimonio divino, el testimonio de Dios hacia Su Hijo. Él es divino, Él es humano; ambas cosas mezcladas en una Persona.

Observemos ahora el testimonio de Juan, desde el v.19. Hay dos partes en el testimonio de Juan; primero, él predica arrepentimiento; el hombre debe juzgarse a sí mismo, debe tomar su lugar como culpable, como un pecador perdido, y entonces está preparado para escuchar la próxima parte del testimonio de Juan, “*he aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*”. ¡Qué bendito es esto! No es que Dios, testifique de esa parte; no, Él confía ese mensaje a un hombre que él mismo necesita salvación. Este viene de labios humanos; y Juan el Bautista, quien primero que todos hiere al pueblo y lo llama generación de víboras, y les advierte para que huyan de la ira venidera, puede entonces añadir, “*He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*”. ¡Ah! Ese es el testimonio humano que es llamado el evangelio, y aquí al comienzo Dios nos lo presenta.

Permítame por un momento, si alguna alma no está clara en cuanto al evangelio. Ante todo, el bendito Salvador es Divino. Y porque es Divino es capaz de hacer todo, de salvar, limpiar, guardar y de presentarlo a usted ante Su presencia con gozo en el cielo. También Él es hombre, —hombre para poder morir por nosotros, de modo a poder poner Su vida perfecta sobre la cruz como una ofrenda por nuestros pecados. Usted y yo merecemos ser juzgados por nuestros pecados. Cristo podía ser juzgado en nuestro lugar porque Él es hombre, y como hombre podía morir y hacer la expiación de los pecados. Tenemos un Salvador Divino, Todopoderoso; tenemos un Salvador humano que murió por nosotros. Después, Juan testifica del arrepentimiento. ¿Qué tengo que hacer? ¿Obrar mi propia salvación? ¿Volver la hoja? ¿Reformarme? ¿Abandonar mis malos hábitos? —¿Es eso lo que Dios pide? No, queridos amigos; lo que pide es ¡arrepentimiento!

Ese es el mandato; y arrepentimiento es reconocer que soy un pecador, tomar mi lugar como culpable, un pecador indigno, incapaz de hacer la más mínima cosa para salvarme, ni abrirme por mí mismo un camino al cielo, sino reconocer que soy vil y culpable. ¿Qué entonces? No mire más a sí mismo, —sus pecados, aunque sean como la grana, ponga su mirada en el Cordero de Dios, ¿y qué ve? Uno que quita el pecado del mundo, que remueve la culpabilidad, que quita la terrible carga que está sobre su conciencia, y borra para siempre esa oscura nube de pecados que está entre usted y Dios. ¡Mire al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo! ¡Qué bendito evangelio! ¡Qué testimonio! —¡un Salvador Divino y humano, arrepentimiento y fe en Cristo que murió por nosotros!

Pero esto nos lleva a la tercera parte de esta primera división, la atracción del evangelio. Los discípulos escuchan el testimonio de Juan y siguen a Jesús. ¡Ah! Bendito es el evangelio que aleja al hombre de seguir al hombre, no importa que este sea Juan el bautista, y señala a Cristo. Cuando el Señor los ve siguiéndolo, dice, “¿A quién buscáis?”, y ellos responden “Maestro, ¿dónde moras?” Allí tenemos el próximo gran pensamiento, que cuando el evangelio es creído, cuando Jesús es seguido, tenemos un lugar en asociación con Él. ¿Dónde mora Él? Aquí está la respuesta, “*venid y ve*”. Eso significa simplemente que cuando hemos creído en Cristo, Su lugar de morada viene a ser también el nuestro. ¿Y dónde es eso? “*En la casa de Mi Padre muchas moradas hay, sino fuese así Yo os hubiese dicho, voy, pues, a preparar lugar para vosotros*”. ¿No es eso simple? El testimonio de Dios, del hombre, y asociación con Él en gloria. Allí está el evangelio, en germen, comenzando conmigo como un pobre pecador perdido, y terminando en compañía con Cristo en Su morada celestial. ¡Ah! Queridos amigos, no debemos temer la muerte, tampoco debemos tener alguna incertidumbre en cuanto a lo que pueda sucedernos en este mundo, si tenemos nuestro lugar con Él.

La última parte del primer capítulo, que es la cuarta porción, nuevamente vuelve a la tierra. Y allí encontramos a Felipe y Natanael y la escalera sobre la tierra que llegaba hasta el cielo. Esto pone ante nosotros la bendición de Israel sobre la tierra. Justo como tenemos la compañía celestial formada por asociación con Cristo donde Él mora, del mismo modo tenemos aquí el llamamiento del remanente elegido de Israel. Natanael, el remanente piadoso, es llamado de debajo de la higuera, el lugar de humillación, que el remanente ocupa; llamado para reconocer a Cristo como el Hijo de Dios, el Rey de Israel. Es entonces que el Señor dice, que el cielo será abierto, la escalera estando allí, los ángeles ascendiendo y bajando en su ministerio sobre el Hijo del hombre. Eso es como la bendición ha de venir sobre la tierra, cuando el remanente de Israel tome el lugar de Natanael, y reconozca a Jesús como el Hijo de Dios, el Rey de Israel. Entonces la tierra tendrá bendición, y no antes.

Esa es la cuarta porción, y en el próximo capítulo tenemos la quinta, que entra en esta materia, ya que Dios entra, en una forma completamente gubernamental, en una forma que trata con la responsabilidad humana. Hay un

matrimonio en Caná de Galilea. Galilea es lo que es Israel en su estado no arrepentido. Esta es Galilea de los Gentiles, y esa es la razón por la cual encontramos a través de los evangelios que el ministerio del Señor tiene lugar especialmente allí. Israel está en la condición de Galilea, si puedo usar la expresión, en una forma de condición Gentil.

Ahora, debe haber un matrimonio sobre la tierra, pero debe ser conforme a Dios. El Cantar de Salomón nos habla de eso. Habrá un tiempo, cuando la tierra de Israel será llamada Beula, o casada, cuando “*Tu Hacedor es tu marido*” será verdadero de Israel como nación; pero ¿Cómo será ese matrimonio efectuado? ¿De forma natural? Si así, entonces será justo como lo que tenemos aquí. Los invitados están juntos, la ceremonia comienza, y en la mitad de la fiesta el vino se acaba, —el gozo falla. En lugar del gozo del matrimonio hay desilusión; y eso es lo que siempre ha caracterizado todos los arrepentimientos parciales de Israel. No ha habido verdadera restauración para Dios, y por tanto no verdadero gozo de la fiesta de matrimonio. Aquellas tinajas vacías nos hablan de eso. Estas nos hablan de la costumbre de purificación de los judíos, pero estas están vacías, son meras formas y ceremonias. Esa es justo la condición en la cual están los judíos, ellos tienen abundancia de formas, no comen sin lavarse varias veces las manos; ellos no harían nada ceremonialmente errado; derramarían toda su agua a través de un cuero por temor a beber y contaminarse: ellos tienen las formas sin la realidad. Ellos son vasijas vacías.

Ahora, el Señor dice, tomad estas formas y llenadlas con agua; llenadlas hasta los mismos bordes. La palabra de Dios entra en actividad, y lleva al alma al hecho que debe haber una verdadera purificación, y esta debe ser por medio del arrepentimiento, el verdadero reconocimiento del pecado. Cuando ellos hagan eso, encontraran el vino de la fiesta de bodas. Así será en el día que se está acercando, cuando Israel tomará su lugar en verdadero arrepentimiento, el valle de Acor es una puerta de esperanza; el valle del arrepentimiento, el valle de la humillación es la llave de esperanza y bendición, de gozo de matrimonio para ella. Entonces viene la última parte. El Señor aparece y con una cuerda purifica el templo por medio de Su poder.

Vemos de esta forma, en esta primera porción del evangelio de Juan, ¡Cuán bellamente esto nos presenta la historia de los tratos de Dios! ¡Qué bellamente nos despliega los pasos dispensacionales de Sus designios y tratos en conexión con el hombre! Pero debemos observar mucho más rápidamente el resto del evangelio.

La principal parte comienza en el cap.3 hasta el cap.17; y esa no es ahora principalmente la historia de Cristo, sino la historia de la vida como comunicada por Él y gozada por Su pueblo. Aquí nuevamente tenemos los capítulos agrupados, — Nicodemo y la mujer de Samaria. Una extraña compañía, le aseguro después de todo es una compañía divina, y el orden de Dios. Después tenemos los capítulos 5, 6, y 7 juntos; esa es la oposición por parte del mundo a

esta vida divina en su manifestación. Desde el cap.8 hasta el 12, tenemos el lado de cosas de la resurrección, la presencia del Señor más bien que la oposición del hombre, y la resurrección como la tenemos en Lázaro. Después desde el cap.13 al cap.17 tenemos la provisión divina para andar a través de este mundo. Consideremos esto brevemente en algunos detalles. Estamos todos familiarizados con la entrevista con Nicodemo, y la mujer de Samaria. En el primero tenemos la obra del Espíritu Santo, regeneración; en la mujer de Samaria, el refrigerio del Señor al revelarse Él mismo a un pecador. Una es la obra interna, la otra más bien la externa, si puedo usar tal lenguaje.

Ahora, ¿Quién habría pensado poner a un hombre como Nicodemo con toda su justicia en compañía de una pecadora, como la mujer de Samaria? Y aun así los dos están juntos. Cuando el Señor debe mostrar la necesidad del nuevo nacimiento, ¿Qué clase de personas toma? Él no toma a una pecadora grosera, como lo llamamos nosotros. Él no toma a uno cuya vida exterior está llena de manchas de modo que podamos ver la necesidad de nacer de nuevo. No nos habríamos sorprendido si Él hubiese dicho a la mujer de Samaria que debía nacer de nuevo; pero fue a Nicodemo, el justo gobernador de los judíos, que Él dijo esto, y a la mujer de Samaria llena de pecado, su misma vida mostraba su alejamiento de Dios— a ella Él mismo se revela como el Cristo. ¡Qué bendita inconsistencia, y maravillosas sorpresas encontramos aquí! ¿No tenemos instrucción Divina en cuanto a la forma en la cual nosotros deberíamos tratar con las almas? ¿No vemos a un hombre moralmente recto, y correcto en todos sus caminos? Lo que él necesita que se presione sobre él es que su corazón es corrupto, que necesita nacer de Dios. ¿Ve usted a un pobre pecador, con todo su pecado manifestado, conocido y realizándolo? Lo que él necesita que se le presente, es Cristo, a través de quien viene la bendición, la limpieza y la salvación. De este modo en esta primera porción, tenemos la vida comunicada en la obra realizada en nosotros por el Espíritu, y para nosotros por Cristo.

Cuando llegamos a los cap.5, 6, y 7, tenemos lo contrario. Deseo detenerme sobre esto un poco más. Esta es oposición a través de todo. El Señor sana a un hombre, a un hombre impotente. Fue ciertamente misericordia hacer esto. ¿Cuál es el efecto? Él lo sana un sábado; Él rompe el sábado¹ en vista a curar el pecado de un hombre. Los hombres más bien hubiesen deseado tener su pecado antes de que su sábado fuese perturbado. Por tanto, hay oposición al bendito Señor. Pero encontramos que esa oposición crecerá, pero aun así tenemos un sorprendente discurso en el cap.5, donde dos pensamientos son prominentes, primero, juicio por el pecado; y segundo, libertad para el creyente. Esto pude verse en el v.1, “*el que oye Mi palabra y cree en Aquel que me envió, no vendrá a juicio*” —de juicio Él les ha estado hablando, —“*sino que ha pasado de muerte a vida*”.

En el cap.6, tenemos una cosa muy similar, aunque va más profundamente

¹ Añado una palabra para guardar contra el pensamiento que nuestro Señor haya podido romper la ley de Dios. Ciertamente que Él no hizo esto. El hombre había añadido sus provisiones a la palabra de Dios. Fueron estas provisiones las que el Señor ignoró. Él obedeció siempre perfectamente la ley de Dios.

todavía. El Señor ha alimentado a los cinco mil, les ha dado pan. Cuando Él habla del verdadero Pan, ellos comienzan a murmurar, como Israel en el desierto, y los fariseos llenos de justicia propia preguntan, “¿Cómo este hombre nos puede dar a comer Su carne?” En conexión con la oposición, tenemos usualmente manifestada la verdad que borraría toda oposición, si sólo hubiese un corazón por ella. El Señor se presenta a Sí mismo como alimento para el alma del pobre hambriento, “Yo soy el pan de vida, el que viene a Mí nunca tendrá hambre, y el que cree en Mí nunca tendrá sed”.

Ahora llegamos al cap.7; —aún oposición. Aquí está el pobre Israel con su desgraciada fiesta de los Tabernáculos. ¡Qué pobre cosa sin la realidad viva! El Señor no sube a la fiesta, pero en medio de ella sube, como podríamos decir, en privado, y comienza a enseñar. Entonces se manifiesta la oposición, que es la nota clave de esta porción. Es entonces que el Señor se revela a Sí mismo como el Dador de la verdadera fiesta de los Tabernáculos, como Aquel en quien, si ellos creían, esa profecía sería cumplida: “con gozo sacareis agua de los pozos de salvación”. “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y clamó, diciendo, si alguno tiene sed, venga a Mí y beba. El que cree en Mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en Él”.

Ahora, tome los tres pensamientos de estos tres capítulos. Los tres versículos que he citado; ¡Qué libertador evangelio tenemos! ¡Qué evangelio para barrer toda oposición de incredulidad! Primero en el cap.5:24, tenemos libertad del juicio. Después en el cap.6, tenemos a Cristo como el alimento para el alma; y en el cap.7, a Cristo por el Espíritu fluyendo en vida, para ser un refrigerio y bendición para otros. ¡Qué despliegue, qué palabra de gracia para enfrentar la oposición! ¿Por qué es que el hombre se opone a esa gracia? ¿Por qué es que el bendito Hijo de Dios, dando testimonio como lo hizo en esta forma, aún encuentra toda la oposición de la incredulidad del corazón del hombre?

Ahora hemos llegado a la tercera parte de esta división, desde el cap.8 al cap.12. Esta es la tercera, aquí estamos en el santuario; aquí vamos a tener una revelación de la misma presencia de Dios; a ser llevados ante lo que debe ser el lugar santo. ¿Quiénes son los caracteres que figuran en esto? En ese cap.8 tenemos dos caracteres —un Hombre en su lugar de humillación, y una pobre adúltera— estos dos caracteres. ¡Qué! ¿Va a introducir a esa contaminada pecadora al santuario? ¿A aquella persona que no merece nada sino ser apedreada hasta la muerte, al lugar santo? Si, ese es el despliegue del santo lugar, y la vemos a ella allí en la misma presencia del Hijo de Dios. Allí están los que la acusan, pidiendo que su sangre fuese derramada. Allí está el Juez justo; Él juzgará justamente, con seguridad. Él juzgará tan justamente que dice a los que la acusaban, primero que nada, “el que esté sin pecado que arroje la primera piedra”. Allí está ella, una pobre alma convencida en esa santa presencia, sola con Cristo. ¿Y qué le dice Él a ese corazón quebrantado? “tampoco Yo te condeno, vete y no peques más”. Ese es el lugar santo, y puedo seguir a tal mujer a ese

lugar. Si ella podía entrar allí, también puedo hacerlo yo. Si ella no fue expulsada de tal lugar, y fue bienvenida allí, el peor pecador que haya vivido puede también entrar a esa santa presencia, y encontrar la misma bienvenida y el mismo tratamiento. Ese es el santuario, una pecadora manifestada en presencia de la perfecta santidad y gracia. ¿Ha estado usted allí? ¿Cada uno de nosotros ha estado en esa bendita presencia, como un pecador confesado ante la absoluta santidad e infinita gracia, hemos encontrado allí nuestro cielo a Sus pies, — perdón y vida? Esa es la clase de compañía que encontramos allí. Toda justicia propia, el cubrir el pecado de la vista, tiene lugar fuera de esa santa presencia. Son sólo pecadores, con sus pecados manifestados, pero benditamente cubiertos por Dios mismo, quienes pueden estar allí. Esa es la clave a esa sección del libro.

En el cap.9 tenemos otro caso. Este es un hombre ciego, expulsado de la sinagoga a la presencia del Señor. En el cap.10 el Señor es el Buen Pastor, y entra en la sinagoga y las saca. *“Él las llama por nombre, y va delante de ellas y las ovejas le siguen; porque conocen Su voz”*. Él entra a la sinagoga y llama a los Suyos, y les señala el tiempo cuando las reunirá todas, y habrá un rebaño y un Pastor— el mismo Señor. De esta forma en estos tres capítulos tenemos tres pensamientos en cuanto al santuario, justo como hemos tenido oposición en las otras partes.

El cap.11 nos presenta simplemente el poder por medio del cual esto puede ser hecho posible para nosotros; este es el poder de la resurrección. Vemos a Lázaro en el sepulcro, absolutamente corrompido. Como dice Marta, no es adecuado sacarlo a la luz del día; es mejor mantenerlo lejos de la vista. Eso es justo lo que es el hombre natural. Pero Aquel que nos lleva a Su santa presencia es Aquel que habla de la palabra que da vida. Cuando Él dice, *“Lázaro, sal fuera”*; deja su corrupción en la tumba, y sale lleno con la nueva vida, una vida de resurrección, y todo lo que necesita es que se le desate, para ser libertado.

Esto nos lleva al cap.12, la última porción de esta tercera parte, donde tenemos otra santa escena. Debemos recordar que tenemos el santuario, la presencia del Señor, y el poder de resurrección en el cual estamos allí. Aquí tenemos la adoración que acompaña eso. Ellos le hacen una fiesta, Lázaro está sentado a la mesa, Marta sirve, y María derrama su rico ungüento sobre los pies del Señor; hay adoración, fiesta y gozo. ¡Qué triste contraste a esto es el final de este capítulo, donde por primera vez escuchamos la murmuración de la incredulidad por parte de los judíos! El Señor vuelve Su espalda a ellos, y no tiene nada más que hacer con ellos. Muy apropiadamente tenemos la luz del santuario de Isaías 6 bajo circunstancias similares, presentadas aquí al final de la tercera sección.

Desde el cap.13 al cap.17 tenemos las provisiones divinas para el camino. Primero, hemos visto la vida comunicada; segundo, la oposición a esa vida; tercero, el santuario como el lugar de esa vida, y la resurrección como su poder; después la provisión por medio de la cual andamos aquí abajo como debiésemos

en el poder de esa vida. En el cap.13 tenemos el lavado de pies; en el cap.14 la esperanza es puesta ante nosotros, nuestra esperanza de estar con el Señor cuando Él venga; en el cap.15, fructividad; en el cap.16, enfrentando toda la oposición y enemistad del mundo. En el cap.17, nos arrodillamos y escuchamos al Señor derramando Su corazón en la plenitud de Su amor por nosotros. ¿Hubo alguna vez un ruego como éste, que nos levante y eleve, a la presencia de nuestro Dios, y que nos de poder para andar aquí abajo por Él? ¡Qué bien equipados estamos para el camino! —nuestros pies lavados, la esperanza puesta delante nuestro, fructividad por medio de permanecer en Él, toda oposición enfrentada y vencida en Su nombre, y el poder de Su oración para llevarnos adelante. De este modo tenemos la vida en su plena fructividad en cuanto a nuestro camino aquí.

Supongamos que el evangelio de Juan se hubiese detenido en el cap.17, en esa maravillosa visión que nos ha sido desplegada, y no hubiese registro de nada más. Suponga que toda esa vida, toda esa gracia que ha sido manifestada, y después el Señor — ¿me atrevería a usar esa expresión? — cambiase de propósito, y se hubiese ido al cielo. ¡Qué desilusión! ¡Qué eterna desilusión tener la copa de bendición en nuestros labios, y después hecha pedazos para siempre! Si Cristo no hubiese muerto, si no hubiese llevado el pecado, todo este sorprendente despliegue, que hemos tenido en la primera parte de Juan habría sido sólo atormentador, y más que eso, esto habría agravado eternamente nuestra desesperanza. Pero bendito sea Su nombre, nunca salió una palabra de Su boca que Él no hiciese realidad. ¿Nos revelaría Su gracia y la plenitud del corazón de Dios, si no pensase hacer realidad esto? De esta forma, si lo hemos escuchado en el cap.17 derramando Su corazón a su Padre, como yendo a Él, podemos estar seguros de que el cielo y la tierra pasaran antes de que Él se alejase de esa cruz por medio de la cual debía hacer todo aquello posible para nosotros.

¡Qué perfecto es todo en esta porción final! ¡Qué bellamente en acuerdo con el tema del evangelio! Vemos al Hijo de Dios, y a sus enemigos impotentes en Su presencia, porque ellos cayeron a Sus pies. Aun así, Él se entrega, y permite ser apresado, va a la presencia de Pilato, allí da testimonio de una buena confesión, va a la cruz, y ofrece Su vida, en vista a que cada palabra de gracia que ha sido expresada antes pueda ser sellada con Su preciosa sangre.

Y de este modo encontramos en esta tercera sección aquello que es el poder de la vida de la cual hemos estado hablando. En el cap.18 vemos al Señor presentándose como un holocausto; en el cap.19 es ofrecido; en el cap.20 lo vemos resucitado de entre los muertos, y en el cap.21 está reuniendo, como el Pastor resucitado, a Sus pobres ovejas dispersas. Ese es el evangelio de Juan, resumido muy débil e imperfectamente, pero el tema general de ese sorprendente evangelio.